



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA DE SALAMANCA

SE211098

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

El caminar juntos

CHIARA GIACCARDI

El Papa **Francisco**, desde el comienzo de su pontificado, no se cansa de estimular a la Iglesia hacia una continua regeneración. “Una iglesia en movimiento” es el resumen de su programa inspirador desde el principio. Pero no salimos solo por salir, por escapar o por dispersarnos. Salimos al encuentro, salimos a caminar juntos. Y para encontrarnos a nosotros mismos. “La fe ve en la medida en que camina”, recita la encíclica *Lumen fidei*, coescrita con **Benedicto XVI**. El Sínodo, caminar juntos, el camino compartido (*syn* - juntos/*odòs* - lejos) es el método que el Papa Francisco ha elegido para la renovación de la Iglesia. Porque la regeneración es necesaria, hoy más que nunca. **María Zambrano**, poeta y filósofa, escribió que lo que no renace no vive nunca plenamente.

Es en este marco que debe leerse la insistencia de Francisco en la sinodalidad: un proceso que comenzó en 2015 con el sínodo sobre la familia y que culmina en octubre de 2023 con el sínodo sobre la Iglesia universal. Pedir a cada parroquia, cada diócesis, cada Conferencia Episcopal que **escuche** (verdaderamente) la realidad para poder empezar de nuevo es difícil y necesario. **Difícil**, porque, por un lado, la cultura de la participación activa y proactiva aún está en gran medida por construir, y por otro, porque el mundo eclesial tiende a menudo a hacer una síntesis más según sus propias creencias que a partir de la escucha de la realidad. **Necesario**, porque solo reuniéndose como pueblo en camino y prestando atención y escucha a los laicos, a las familias, a la vida concreta de las personas, la Iglesia, – y cualquier otra institución contemporánea–, puede regenerarse y responder a la

desorientación del mundo con una palabra que hoy tanto se necesita.

Porque no es un formalismo, –la realidad precede a la idea–, el sínodo ha inaugurado un método y ha abierto un camino cuyos resultados no pueden predecirse de antemano. El tiempo es más importante que el espacio. Porque el caminar juntos, y lo que de ello se deriva, no se puede controlar con seguridad ya que un camino vivo y dialógico está abierto a las sorpresas del Espíritu y se deja guiar y enseñar por ellas. Caminar juntos requiere la sabiduría de la diversidad en la unidad y al mismo tiempo la aumenta. Requiere la capacidad de no perder el sentido de pertenencia común, de un vínculo que antecede a cualquier protagonismo (la unidad es más importante que el conflicto), y que es capaz de unir a personas y comunidades en un maravilloso poliedro hecho de muchos particulares universales (el todo supera a la parte).

Dos mensajes poderosos

Con la determinación decidida con la que inauguró y prosiguió este camino, que ha causado muchos descontentos y perplejidades entre el clero, Francisco envía dos mensajes poderosos.

- El primero es **para la Iglesia** misma. Es hora de volver a la frescura de los orígenes y de romper el “sistema” con un soplo de aire fresco “institucional”. De preocuparse menos por la doctrina y la ortodoxia y más por la escucha, la acogida y la misericordia, ya que en Jesús verdad y amor son una misma cosa. La Iglesia católica ha sido, desde el principio, una red de entidades locales (parroquias y diócesis) unidas por una Buena Noticia universal. Una red de comunidades,

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI
GABRIELLA BOTTANI
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
GRAZIA LOPARCO
MARINELLA PERRONI
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
CAROLA SUSANI
RITA PINCI(COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

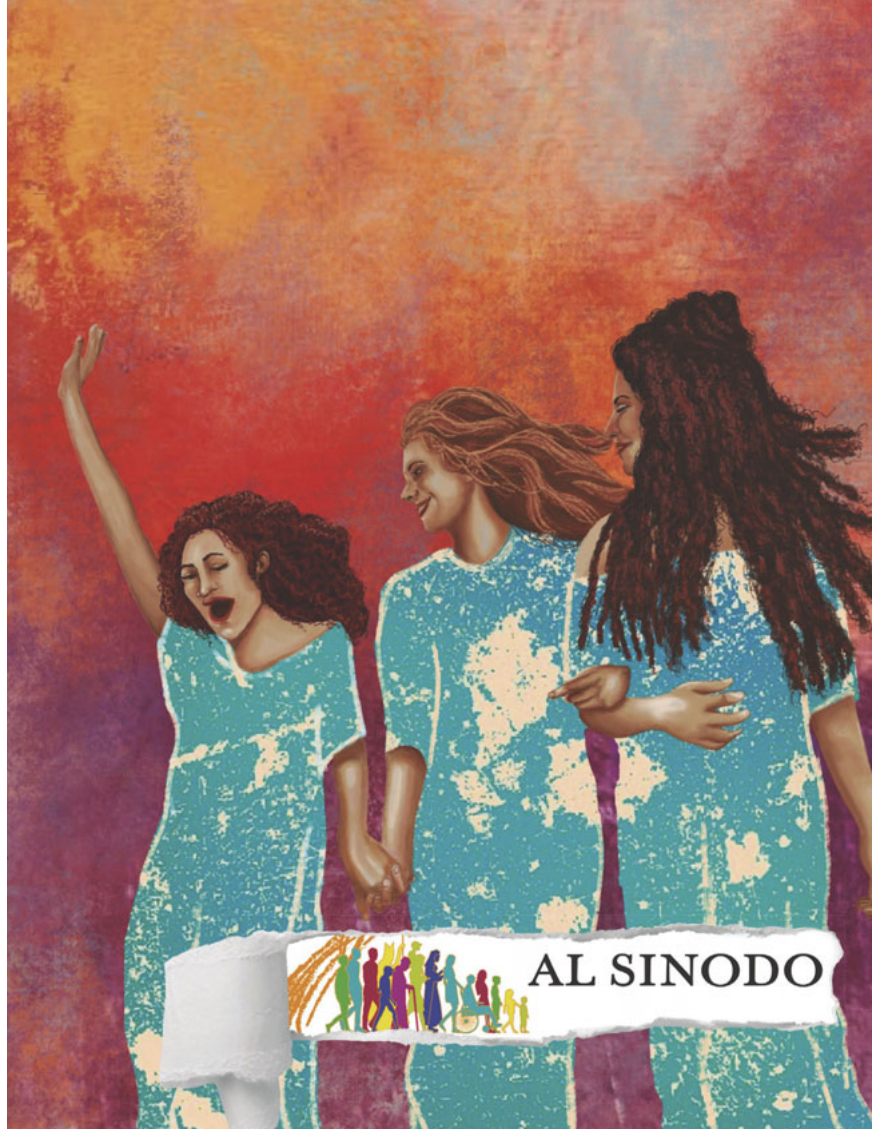
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Un número con las obras de Silvia Martínez Cano

Todas las ilustraciones de este número de *Mujeres, Iglesia, Mundo* dedicado al Sínodo sobre la Sinodalidad son obra de **Silvia Martínez Cano**, que ha tenido la amabilidad de cedérselas. Martínez Cano es teóloga y artista multidisciplinar, –pintora, escultora, muralista, fotógrafa–, y su obra es una investigación desde una perspectiva múltiple sobre tres temas: la mujer, la educación y la teología. Su enfoque es feminista, porque “ser creyente y feminista en estos tiempos es casi una obligación para quien quiere seguir a Jesús”. Actualmente trabaja en la Universidad Complutense de Madrid como profesora en la Facultad de Educación y en el Instituto Superior de Pastoral y en el Instituto San Pío X, ambos de la Universidad Pontificia de Salamanca (UPSA) como profesora colaboradora de Teología. Es la actual presidenta de la Asociación de Teólogas Españolas (ATE). El proyecto, que comenzó en 2020, prevé la publicación de treinta volúmenes, en los que se alternarán relatos y reflexiones sobre figuras femeninas del Antiguo y del Nuevo Testamento. A veces, el libro se basa en un texto bíblico concreto, con la perspectiva de la autora sobre el personaje elegido en cada momento. Otras veces la protagonista es una mujer bíblica. Cada volumen está escrito por una teóloga de prestigio con estilos diferentes, desde un modelo más analítico e histórico-crítico hasta otros más metafóricos como la teología narrativa. La diversidad de perspectivas y la búsqueda de la renovación del imaginario bíblico son algunas de las características de esta colección. De hecho, las portadas están realizadas por la teóloga que sugiere otro tipo de imagería para las mujeres bíblicas. En este mes salen dos nuevos libros: *La mujer viuda pobre del templo* y *Lía, Raquel, Bilha y Zilpá*, de los cuales disponemos en primicia de sus portadas.



muy concreta y muy humana, en continua tensión entre la particularidad de un lugar, una historia, un contexto relacional y la universalidad de la palabra “para todo el hombre y para todos los hombres”. Incluso hoy, la Iglesia universal es una red global extraordinariamente rica, arraigada en la concreción de lo local. Sin embargo, a ella misma le cuesta ser plenamente consciente de ello. ¿Cómo de actual sería hoy dar la sensación de un gran camino universal compuesto de muchas diversidades que, con todo, logran comunicarse entre sí?

• El segundo mensaje es **para la sociedad contemporánea** que busca desesperadamente nuevos puntos de equilibrio que le permitan absorber las tensiones lacerantes que la atraviesan. De hecho, está claro que las formas institucionales que tenemos a nuestra disposición (Estados, empresas, mercados...) son muy importantes, pero ahora también inadecuadas con respecto a los problemas que enfrentamos. Empezando por la democracia, gran logro de la modernidad occidental, que corre el riesgo de hundirse bajo los golpes de las fuerzas masificadoras y despersonalizantes de las

que derivan los populismos reactivos. Y la guerra que se libra a las puertas de Europa es precisamente una prueba de ello.

La Iglesia de Francisco no tiene todas las soluciones a estas preguntas. Tampoco pretende lanzarse a la batalla identitaria. La Iglesia de Francisco, como levadura del Evangelio, indica más bien un nuevo camino que podemos empezar a recorrer, intentando una experiencia sin precedentes a nivel comunitario e institucional. No será fácil. Llevará tiempo. Pero, lo importante es levantarse y empezar a caminar.

Que se ha hecho un camino, y no solo de palabras, es evidente. En el Sínodo de los Jóvenes de 2018, en uno de los últimos momentos informales, los jóvenes saludaron, con afectuosa provocación, a los padres y madres sinodales. Al final del camino, en 2023, hay 54 mujeres que tienen derecho a voto en el sínodo y entre ellas **Nathalie Becquart**, la primera mujer nombrada subsecretaria del sínodo en 2021. Una señal de que la Iglesia se deja alterar por el soplo del espíritu (joven) y de que el sínodo es un camino de transformación y no una fachada.

El primer movimiento se produjo en 2018 cuando en el Sínodo de los Jóvenes pudo votar un religioso, pero ninguna monja. Una petición para pedir que “las superiores religiosas trabajen y voten del mismo modo” y que ha sido promovida por algunas organizaciones comprometidas con la igualdad en la Iglesia, ha recogido miles de firmas, entre ellas las de varias superiores generales. El tema volvió a la palestra en 2019, en el Sínodo sobre la Amazonía.

En 2021, resultó un paso de gigante el nombramiento de **Nathalie Becquart** como subsecretaria del Sínodo de los Obispos, cargo que le permitió ser la primera en ejercer un derecho que hasta ayer era solo una prerrogativa masculina. En esta Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos que se celebra en el Vaticano del 4 al 29 de octubre sobre el tema, “Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión”, participan 85 mujeres, de las cuales 54 tienen derecho a votar. Dos de ellas, la mexicana **María de los Dolores Palencia Gómez**, superiora general de la congregación de San José de Lyon y la japonesa **Momoko Nishimura, S.e.m.d** de la Comunidad Misionera de las Siervas del Evangelio de la Misericordia de Dios, se encuentran entre las nueve presidentas delegadas, es decir, quienes dirigen la Asamblea cuando el Papa no está presente.

Pero la procedencia es amplia y significativa. Hay religiosas consagradas y laicas. De todas partes del mundo, de todas las edades. Cinco de ellas son representantes de la UISG, la Unión Internacional de Superiores Generales, que reúne a casi dos mil superiores. Los cardenales **Mario Grech** y **Jean-Claude Hollerich**, respectivamente secretario general del Sínodo y relator general, quisieron precisar que “no se trata de una revolución”. Al menos desde el punto de vista visual (la mesa presidencial ya no es un monopolio masculino), pero lo es. Y, detrás del impacto de la imagen, se esconde el reconocimiento de una verdad profunda, es decir, que lo femenino puede y debe ser significativo en los ámbitos de responsabilidad de la Iglesia. Y eso constituye un punto de inflexión estructural. La “tienda” se ha ampliado. Y comenzó a expandirse durante las asambleas locales y continentales que precedieron a la Asamblea Sinodal y la prepararon.

La “cuestión femenina” en la Iglesia, aunque no figuraba en el orden del día como tema en sí, surgió en todas las reuniones. Así, el *Instrumentum laboris* da voz a la petición de un “mayor reconocimiento

¡Adelante!, mujeres en la misma mesa

LUCIA CAPUZZI y VITTORIA PRISCIANDARO

La participación y votación en esta asamblea es algo más que un gesto o una concesión

y promoción de la dignidad bautismal de las mujeres”, para que la “igual dignidad” pueda “encontrar una realización cada vez más concreta en la vida de la Iglesia también a través de relaciones de mutualidad, reciprocidad y complementariedad entre hombres y mujeres”, combatiendo contra “todas las formas de discriminación y exclusión” y garantizando a las mujeres “puestos de responsabilidad y de gobierno”.

Por decisión del Papa Francisco, la figura de los auditores, prevista por el antiguo reglamento, fue sustituida por 70 “no obispos”, todos con derecho a voto. El Papa había pedido que al menos el 50 por ciento fueran mujeres, y que entre los diez superiores generales de los religiosos, la mitad fueran de la UISG, la unión internacional que asocia a aproximadamente 2.000 superiores generales. “Es una profecía que se está cumpliendo. Superar formas de clericalización, incluso dentro de nosotros mismos; reconocer más la participación de las mujeres en la Iglesia, especialmente de aquellas, valiosísimas, que viven en las periferias; y tener un espacio en el que podamos pedirnos perdón unos a otros con humildad, haciendo del Sínodo también un lugar de curación”, afirma **Nadia**

Coppa, de las Adoratrices de la Sangre de Cristo, que, llamada al Sínodo como presidenta de la UISG, llevará las expectativas de sus hermanas.

Iniciado el 10 de octubre de 2021 con la convocatoria de Francisco, el Sínodo continuó con la consulta a las Iglesias locales para abordar una cuestión crucial, *leitmotiv* de todo el proceso. La Iglesia sinodal es la que anuncia el Evangelio caminando juntos. Pero ¿cómo se logra este “caminar juntos” en cada Iglesia y comunidad particular? ¿Y qué pasos nos invita el Espíritu a dar para crecer en este “caminar juntos”?

Documento de trabajo

Los resúmenes que llegaron a Roma produjeron el documento de trabajo para las siete asambleas continentales. Todos los materiales constituyeron la base del *Instrumentum laboris* presentado el 20 de junio, que, en unas cincuenta páginas, recoge la riqueza del proceso vivido. Hay muchos interrogantes, desde el acompañamiento a los pobres y discapacitados hasta la formación de sacerdotes, pasando por el ministerio de las mujeres en la Iglesia y la acogida de las personas LGBT+.

No está claro que todos puedan encontrar una respuesta, advierte el cardenal Grech: “Es una asamblea sobre la sinodalidad. Estamos en camino, el Sínodo no es un evento sino un proceso, y debemos comprometernos a aprender cómo hacerlo juntos”. La idea, capaz de desentrañar situaciones candentes en las asambleas continentales y que, por ello, se propone nuevamente en el Sínodo, es la “conversación en el Espíritu”. No se trata de un intercambio genérico de ideas, sino de una dinámica que “nos permite pasar del yo a nosotros, sin borrar a los individuos, sino insertándolos en una dimensión comunitaria”, explica el padre **Giacomo Costa**, uno de los dos secretarios especiales del Sínodo.

Para permitir la escucha, la oración y el discernimiento común, la asamblea no se celebra en la sala del Sínodo, sino en el Aula Pablo VI. En grupos de 10-12 personas, alrededor de mesas, se intenta construir juntos una etapa más del camino. A partir de ahí comienza la cuenta atrás para la segunda asamblea en octubre de 2024.



→ “Las mesas pueden parecer una cuestión de imagen, pero no es así. El método es fundamental para afrontar los problemas y salir de polarizaciones y callejones sin salida”, subraya Costa. La cuestión de las mujeres se convierte en la prueba de fuego de una posible sinodalidad. “El trabajo de grupo, donde hombres y mujeres trabajaron juntos y tuvieron que encontrar espacios de entendimiento, fue ya un laboratorio de sinodalidad. También porque empezamos escuchando historias concretas. Las historias de mujeres individuales, sobre temas espinosos, nos han permitido alejarnos de las ideologías”, dice Costa.

El tema femenino no es el único sobre la mesa. Hay muchos otros, pero no constituyen “mini-sínodos” porque “el objetivo es uno: crecer como Iglesia sinodal para llevar la Buena Nueva del Evangelio al mundo”, explica **Anna Rowlands**, profesora de la Universidad de Durham, que participó en la redacción del documento para la etapa continental. “En todas partes se reflexionó sobre cómo hacerlo y cómo expresar la misión, la comunión y la participación en clave sinodal y también surgió el tema de la participación de las mujeres en los contextos más dispares. Esto significa una prueba importante para nuestra capacidad de caminar juntos como Iglesia”, indica Rowlands.

El término “mujeres”, como solicitaron expresamente los participantes en el proceso, debe declinarse en plural. “La riqueza de sus voces y vivencias no puede reducirse a un prototipo estereotipado, a una idea genérica, aunque romántica, de lo femenino. Hay mujeres reales, de comunidades reales, que intentan seguir a **Jesús** como discípulas en un mundo complejo. Sus vidas, todas diferentes, deben tomarse en serio”, añade la experta británica. Además, quienes participaron en el proceso, “no solo hablaron de sí mismos y de su participación”. “Se expresaron sobre todos los grandes temas: la liturgia, el acompañamiento de las familias y de los jóvenes, la transparencia, la hospitalidad... También estos son temas de mujeres porque entran dentro de los sueños y esperanzas de las mujeres concretas que buscan ser discípulas”, continúa Anna Rowlands.

Esto no quiere decir que, a pesar de la variedad de posiciones, no haya un deseo ardiente de que sus dones y carismas sean valorados y sus peticiones escuchadas. Declaración confirmada por la encuesta realizada el pasado mes de marzo por el Observatorio de Mujeres de la Unión Mundial de Organizaciones de Mujeres



Católicas (UMOFC/WUCWO). “Las respuestas recibidas, —dice el documento—, expresan la aspiración generalizada de participar equitativamente en la Iglesia y piden cambios urgentes en las estructuras para que sean más igualitarias, inclusivas y cercanas a los más vulnerables”. En este sentido, para la mayoría de las entrevistadas, —el 76 %—, la experiencia sinodal ha abierto espacios importantes.

Mayor igualdad

El deseo de una mayor igualdad para las mujeres católicas no se limita al ámbito eclesial. Las participantes en el proceso pidieron y piden a todo el Pueblo de Dios y a sus pastores ser sus aliadas para defender los derechos de las mujeres que aún son pisoteados en muchas partes del planeta. Y presionar juntas para romper ese techo de cristal que, incluso en Occidente, excluye a las mujeres de roles de responsabilidad y liderazgo, negando, en la práctica, su dignidad como hijas de Dios.

En resumen, en la sociedad como en la comunidad eclesial, las mujeres piden el pleno reconocimiento de su dignidad bautismal y como personas. De esa petición surge el sueño de una auténtica corresponsabilidad.

En definitiva, “esta es la gran novedad teológica del actual Sínodo, la puesta en marcha del Concilio Vaticano II”, afirma **Riccardo Battocchio**, rector del Almo Co-

llegio Capranica y secretario especial del Sínodo junto con Costa. “¿Cómo componer la verdad, que nunca es una posesión y que es necesario proteger, con el tema de la misericordia y de la atención al interlocutor, sin que una vaya en detrimento de la otra? Detrás de esto está toda la cuestión de la participación del pueblo de Dios, de los laicos, de quienes tienen responsabilidades de gobierno y ejercicio de la autoridad, de las mujeres y de los ministerios en la Iglesia. El Sínodo tendrá que entender quién está llamado a dar respuestas a estas preguntas y mediante qué proceso”, asegura Battocchio.

Las palabras de Battocchio tienen eco en la experiencia contada por **Helena Jeppesen-Spuhle**, suiza, que participó en el Sínodo de su Iglesia y fue como delegada a la asamblea continental celebrada en Praga. “Mucho de lo que se habla en este Sínodo, nosotros ya lo pusimos en práctica después del Concilio”. En Suiza, explica, “no es extraño encontrarse a una mujer pronunciando la homilía en el altar. O que sea una mujer quien recibe a los fieles en el despacho parroquial. Además, en el ámbito financiero-administrativo y en muchos otros, tienen voz y participan en las decisiones de los consejos parroquiales sobre las prioridades pastorales”.

Las mujeres han debatido mucho en todo el mundo, incluso fuera de las asambleas. A la Secretaría del Sínodo se

A partir de la palabra ‘Sínodo’

MONICA MONDO

Sínodo” es una palabra hermosa y antigua. El prefijo *sìn* evoca comunión, relación y unidad. Y “camino” siempre ha sido una metáfora de la vida y de los numerosos caminos que la atraviesan y que nunca son rectos ni se recorren sin vericuetos. La Iglesia es comunidad desde sus orígenes. Así nació, con pequeñas comunidades creativas unidas por el afecto y por la conciencia de un don y una responsabilidad. En la gracia del encuentro con Cristo y sus testigos. Con la tarea de la misión por la que quien salva y da sentido y felicidad llega a todos los hombres.

Si pregunto a mis hijos qué es la Iglesia hoy o en la historia que han estudiado, piensan: son los papas, cardenales y obispos. Hay comunidades, pero hay que formar parte de ellas, y a veces son muy cerradas. Y la iglesia, el lugar de la asamblea, cada vez lo representan menos. Entrás, sigues la liturgia solo o en familia, y sales sin sentirte hijo o hermano.

Esperar, trabajar, identificar caminos y métodos para que la Iglesia vuelva a ser sinodal, es decir, compañía, es tan bueno y justo que cabe preguntarse por qué debería suponer un cambio, una revolución. ¿Por qué no se ha dado antes? Por el clericalismo, la costumbre y el cansancio.

Si la cúpula jerárquica no se traduce en poder, sino en una autoridad reconocida y amada por su carisma, la obediencia se convierte en una virtud para nuestro bien. Si la autoridad no actúa por sí misma, sino que es capaz de escuchar y compartir, es entonces una figura paterna.

El clericalismo es una consecuencia anacrónica, porque los sacerdotes están cada vez más aislados, despreciados, y con poca influencia. Se cargan de compromisos pesados y con frecuencia se alejan de su elección de vida y de su vocación convirtiéndose en administradores, organizadores, psicólogos y trabajadores sociales. Las exigencias de demasiados laicos los empujan a moverse y ejercer el poder como

sacerdotes, y eso no es una ganancia. La costumbre y el cansancio surgen de la pérdida del don del bautismo y afectan tanto a religiosos como a no religiosos.

La Iglesia está llamada a encontrar de nuevo el camino para llevar al mundo la Palabra y la vida de **Jesús**, con valentía y sonrisa, libertad y juicio. Esto es lo que pido a los trabajos del Sínodo. No me interesan encuentros entre quienes ya trabajan en las distintas estructuras, asambleas parroquiales y diocesanas vestidos de rojo y púrpura. Ni la elaboración de documentos, si no es para recoger con sencillez y sin censuras las mil voces de los mil rostros de la Iglesia. Que reflejen el *unicum necessarium*, la fe. Porque, o la fe cambia e impregna toda la realidad y la vida, o no sirve de nada, no interesa; es solo regla, teoría y costumbre.

Será el Papa quien indique el camino. La Iglesia no es una democracia, es el lugar habitado por el Espíritu Santo. Desafortunadamente, este impulso sinodal, me parece que se centra en afirmaciones ya repetidas y orientadas a dismantlar la doctrina. Como si las reuniones, los diálogos, la redacción de textos y el estudio de documentos tuvieran que decidir si las parejas homosexuales deben ser bendecidas o no, qué tareas se pueden confiar a las mujeres, o si tal vez los sacerdotes se sientan menos solos si se aboliera el celibato.

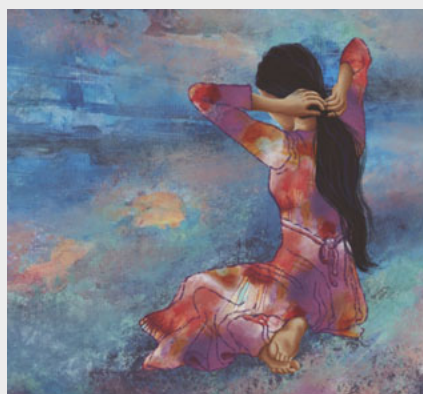
Estos temas no me interesan y creo que acrecientan la confusión y la división. Por supuesto que me gustaría acoger a todos, sin condiciones y sin distorsionar las enseñanzas de la Iglesia. Claro que me gustaría que la mirada de la mujer, confinada al cuidado, fuera escuchada y solicitada, porque cuidado significa atención, ternura, sensibilidad hacia la persona y esto cambia la gobernanza, las iniciativas y las mentes.

Es esta diversidad la que debe reconocerse y valorarse, no la equiparación en puestos importantes. Las mujeres deberían enseñar en los seminarios. Por supuesto que me gustaría una Iglesia joven, a la que los jóvenes puedan pertenecer, dedicando sus sueños, su compromiso y su audacia, sin pretender reducir la fe a un sentimiento, a su pensamiento, tomando pedacitos de ella aquí y allá, según convenga. El Sínodo que me interesa es la claridad de la propuesta cristiana, en la unidad, en la fidelidad, en la gratitud, en la atención amorosa a cada hombre y en la certeza de que el camino, entre mil caminos, es uno solo, el de Cristo.

le entregó una investigación internacional desarrollada en 104 países, con más de 17 mil respuestas, realizada para el Catholic Women's Council por las investigadoras **Tracy McEwan** y **Kathleen McPhillips** de la Universidad de Newcastle, y por la teóloga **Tina Beattie** de la Universidad de Roehampton en Londres. Se titula *Synodality according to women, co-responsible for the synodal process*.

“El elevado número de respuestas indica claramente el deseo de las mujeres de compartir sus esperanzas, aspiraciones y frustraciones y dar a conocer su visión a los líderes de la Iglesia”, indicaba McEwan al presentar la investigación en Roma el 8 de marzo con mujeres católicas y de otras religiones. “Al leer y examinar estas respuestas, el equipo de investigación quedó impresionado por la pasión con la que las mujeres las escribieron. Algunas afirmaban, “amo a la Iglesia”. Otras expresaron altos niveles de frustración e insatisfacción con su participación en las comunidades parroquiales y eclesiales”.

Y no será una revolución en el sentido literal y “político” del término. Pero este Sínodo es algo más que una oportunidad. Es una obra en marcha y marca un punto de inflexión. Es el Sínodo de los Obispos donde, esta vez, dentro del componente no episcopal, el número de mujeres respecto al pasado es decididamente más significativo. Y, por primera vez, con derecho a voto.



“La foto de grupo ha cambiado”

Myriam Wijlens pertenece al Comité Consultivo del Sínodo

MARIE-LUCILE KUBACKI

Myriam Wijlens, holandesa, es profesora ordinaria de Derecho Canónico en la Universidad de Erfurt y pertenece al Comité Consultivo del Sínodo.

¿Cómo reaccionó cuando fue elegida para formar parte del Comité?

Creo que es la primera vez en la historia que una mujer forma parte del Comité consultivo. Sucedió poco después de que **Nathalie Becquart** fuera nombrada subsecretaria de la Secretaría general del Sínodo. Me sorprendió porque soy canonista y generalmente a los canonistas no nos invitan a participar desde el principio. Pero imagino que mi nombramiento está vinculado a mi competencia. En 1984, mientras estudiaba Teología, observé cómo el Concilio Vaticano II redescubrió el bautismo en un capítulo sobre el pueblo de Dios antes del de la jerarquía en la *Lumen gentium* y desarrolló la doctrina de la colegialidad episcopal. Me pregunté: ¿cómo puede una doctrina así convertirse en una realidad vivida? Acababa de promulgarse el Código de Derecho Canónico y me dije: ¿cómo puede el Derecho desempeñar un papel en todo esto? Esta pregunta me ha fascinado desde mis estudios de Derecho canónico y me sigue fascinando hoy.

La cuestión del reconocimiento y la responsabilidad de las mujeres surgió en todos los documentos continentales que contribuyeron al Instrumentum laboris ¿Cómo interpreta esto?

Llama la atención que no solo sean las mujeres las que piden una reflexión sobre el papel de la mujer, sino también muchos hombres jóvenes. Les resulta muy difícil pertenecer a una Iglesia donde sus amigas no son valoradas por igual y no tienen las mismas oportunidades de participar que los hombres. Las síntesis señalan que muchas más mujeres que hombres participan activamente en la vida de la Iglesia, pero no se sienten reconocidas. Además, las religiosas no se sienten suficientemente

valoradas: piden que la Iglesia les permita vivir el potencial que Dios les ha dado. Todas las síntesis destacan que la Iglesia debe afrontar esto no por razones sociológicas, sino por la dignidad que deriva del bautismo. Además, los documentos continentales revelan que las mujeres en situaciones difíciles (pobreza, madres solteras, aquellas en relaciones polígamas) quieren que la Iglesia esté a su lado y las apoye.

Consecuencias teológicas

Se dice que la cuestión del “lugar de las mujeres” en la Iglesia de hoy se superpone con la de la vocación bautismal y la corresponsabilidad del laicado como conjunto, incluidos hombres y mujeres. ¿Comparte este punto de vista? ¿O hay cuestiones específicas para las mujeres?

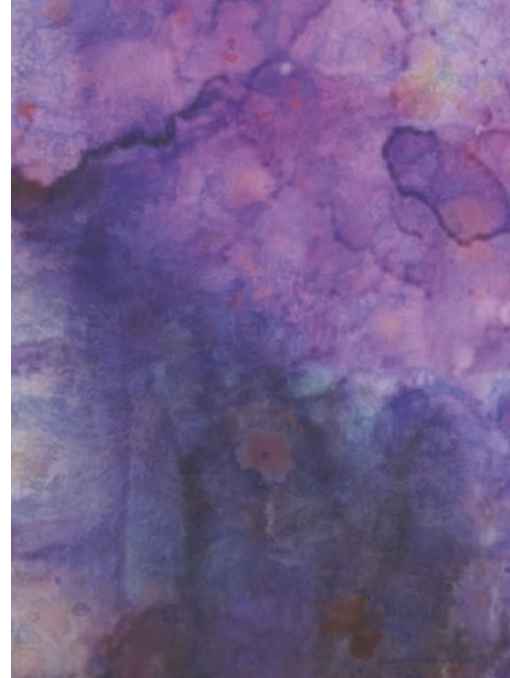
En términos generales, comparto este punto de vista. Pero hay algo más que me gustaría compartir con sus lectores. Hasta 1971, los sacerdotes eran jueces en los tribunales matrimoniales, luego estos últimos se abrieron a los laicos. El Código de Derecho Canónico de 1983 también permitía que mujeres laicas fueran jueces, pero con la condición de que el juez laico (hombre o mujer) trabajara junto con dos clérigos. Un clérigo es un diácono, sacerdote u obispo. En 2010 el Papa **Benedicto XVI** introdujo un cambio muy importante en la ley: aclaró que un sacerdote se ordena *in Persona Christi capitis*, pero un diácono se ordena para el ministerio. De ello se deduce que dentro de la noción de clérigo

existen diferentes tipologías. En los casos matrimoniales seguía vigente el requisito de que un laico debía servir con dos clérigos, que podían ser un sacerdote y un diácono, o dos sacerdotes o dos diáconos. En 2015, el Papa **Francisco** decidió que el tribunal podría estar formado por dos laicos y un clérigo. Tratemos de visualizar el cambio en una foto grupal de jueces que declaran nulo un matrimonio: hasta 1971 habrían sido tres sacerdotes, pero hoy tal vez serían dos mujeres y un diácono casado. Tenemos una foto de grupo diferente y la pregunta es: ¿qué ha pasado desde el punto de vista teológico?

Los canonistas están de acuerdo: cada uno de ellos ejerce jurisdicción. Mi pregunta es: ¿cuáles podrían ser las implicaciones teológicas y canónicas de ese cambio para muchas otras áreas de la Iglesia?

¿Qué significa?

Lo que nos lleva a la cuestión del ministerio en la Iglesia. Hace poco que las mujeres pueden recibir el ministerio de catequista, lectora y acólita. Son funciones en el marco de la tarea docente y santificadora de la Iglesia y con los jueces vemos que las mujeres también pueden ejercer



Evangélica, igualitaria, no clerical

MERCEDES NAVARRO PUERTO

La Iglesia que me gustaría debería distinguirse por su verdadera condición evangélica, su visible carácter igualitario entre hombres y mujeres y su estructura ministerial no clerical. Esta Iglesia recuperaría sus fundamentos volviendo al mensaje básico de **Jesús**. Comprendería ese mensaje a partir de su contexto (Galilea, siglo I), y lo traduciría a las lenguas y culturas actuales. Así, lo esencial del Evangelio iluminaría la vida actual de la humanidad. Sería percibido como posible, real, nunca concluido y abierto a múltiples posibilidades e interpretaciones.

Esta comunidad de comunidades haría que en su estructura y en su vida mujeres y hombres sean iguales en dignidad, capacidad y posibilidades. Mostraría que diferencia y desigualdad no son equivalentes, que el sexo no es un obstáculo para ningún rol, tarea o servicio. Sería una Iglesia de mujeres, signo de igualdad humana. Su estructura ministerial sería consecuencia de su condición evangélica inculturada y de su igualdad visible y multivalente. El poder y la energía para vivir y ofrecer el Evangelio derivarían de la circularidad de la Rûaj, o Espíritu divino. Esta Iglesia sería visiblemente la Iglesia de la Rûaj. Introducir la igualdad de las mujeres en la Iglesia transformaría toda su estructura organizativa mediante cambios de segundo orden (profundos y duraderos). La dotaría de la capacidad de recrear la novedad propia del Espíritu, de la renovación esperanzadora de la Pascua y del Misterio de la Vida que palpita en cada muerte, y con una gran esperanza. Sería una Iglesia feminista para toda la humanidad, para los más necesitados, capaz de regenerar cada vida humana y curar las heridas de la humanidad, de la naturaleza y del universo. Su influencia social, política y humanista derivaría del atractivo de su oferta y del simple convencimiento de quienes la presentan, desde abajo y desde dentro.

el gobierno. No todos los ministerios posibles existen actualmente en todas las iglesias locales y algunos ministerios que existieron en el pasado ya no existen hoy. Actualmente algunas iglesias locales tienen diáconos permanentes y otras no. Descubrí que el ministerio de catequista está muy desarrollado en África y América Latina, pero no en Europa. Es un hecho: las iglesias locales tienen diferentes necesidades y posibilidades en diferentes momentos. Con el documento *Ministeriam quaedam* de 1972, **Pablo VI** ya había alentado a los obispos a desarrollar ministerios en sus Iglesias locales. Podemos preguntarnos: ¿qué necesidades tienen las diócesis y qué ministerios se pueden desarrollar también a nivel local? Algunos ministerios pueden desarrollarse para un contexto porque son buenos allí, pero quizás no necesariamente buenos en otro contexto. El actual sínodo nos invita a reflexionar sobre estas y otras cuestiones de manera sinodal: el obispo decide lo que es necesario y posible en su diócesis desde un punto de vista teológico y práctico después de haber hecho un discernimiento junto con el Pueblo de Dios.

Hablando de ministerios, también surge la cuestión del diaconado femenino. ¿Cómo puede abordarlo el sínodo?

No me corresponde a mí, sino al Sínodo, discernir cómo responder a la cuestión del diaconado femenino. La petición no proviene solo de las mujeres, sino de toda la comunidad. Sin embargo, debemos tener en cuenta que el sínodo no trata sobre las mujeres y el diaconado, sino sobre cómo la Iglesia se desenvuelve en temas como este y muchos otros. ¿Quién participa en la reflexión y bajo qué tipo de responsabilidad? ¿Quién tomará la decisión y para quién es

vinculante? ¿Cuál es el nivel adecuado para tomar decisiones? ¿Qué cuestiones debería decidir la Iglesia universal y cuáles pueden dejarse en manos de una diócesis o, por ejemplo, de una conferencia episcopal? Este es otro de los temas del sínodo.

¿Cómo puede ayudar la sinodalidad en la cuestión de los abusos en la Iglesia?

Desde 2002 he recibido encargos de obispos y superiores mayores para llevar a cabo investigaciones penales preliminares. Serví en la Comisión Pontificia para la Protección de Menores de 2018 a 2022. Una de las cuestiones más importantes en materia de abuso es la de rendir cuentas de las propias acciones. La cuestión no concierne solo a los obispos. También a los superiores de los institutos religiosos. ¿Cómo deciden, tras de consultar con quién y cuándo se les comunican las acusaciones? ¿Cómo deciden permitir que un joven sea ordenado o admitido en el instituto? En mi trabajo, rara vez veo casos en los que no haya habido señales de problemas antes de la ordenación. Hay obispos a los que se les ha advertido de que no ordenen a un determinado candidato o de que no acepten a una persona de otra diócesis y esas advertencias han sido ignoradas. No solo necesitamos tener procedimientos para proteger a todos, –víctimas, comunidad, sacerdote involucrado y obispo mismo–, sino que también necesitamos formas de asegurarnos de que esos procedimientos se implementen. Tener que rendir cuentas de las propias acciones requiere actuar sinodalmente y una Iglesia sinodal debe rendir cuentas de sus acciones, porque escuchar no basta. Necesitamos un cambio cultural. No es solo una cuestión de procedimientos, es una cuestión de conversión.

Los continentes alzan la voz

FEDERICA RE DAVID

Las mujeres fueron las grandes protagonistas de los trabajos preparatorios del Sínodo mostrándose muy activas a la hora de plantear cuestiones para el debate. Recogemos aquí los testimonios de algunas de ellas, de diferentes continentes, a quienes hicimos dos preguntas:

1. ¿Cuál fue el tema más importante que la aportación y la reflexión sobre y por las mujeres ha puesto de relieve a nivel continental?
2. ¿Qué temas propuestos sobre y por las mujeres merecerían una mayor consideración universal en el futuro?

AMÉRICA LATINA Daniela Cannavina

De nacionalidad argentina, religiosa capuchina de Madre Rubatto, trabaja en Bogotá como Secretaria General de la CLAR, la Confederación Latinoamericana de Religiosos y Religiosas. Trabajó para el Sínodo de la Amazonía y para la primera Asamblea Eclesial de América Latina. En el Sínodo está entre los Expertos y Facilitadores.

Imperativo permitir a las mujeres participar y formar parte de los ámbitos de decisión

El camino continental en clave sinodal de América Latina y el Caribe, con la escucha promovida en diferentes escenarios, ha llevado a las mujeres a reflexionar y discernir mediante el método de la conversión espiritual. Entre los principales temas destaca la necesidad de valorar a la mujer y tener en cuenta su contribución a la vida eclesial, así como favorecer su mayor protagonismo y su mayor asunción de responsabilidades. Teniendo en cuenta que la presencia de las mujeres es mayoritaria en la Iglesia, es imperativo permitirles participar y formar parte de los ámbitos de toma de decisión.

Pensando en el futuro, es urgente renovar las estructuras eclesiales para asegurar que las mujeres sean más valoradas y se les confíen roles importantes, no solo en la realización de actividades concretas, sino también en los procesos de evangelización y en los órganos eclesiales, resaltando así su papel como protagonistas en la acción evangelizadora de la Iglesia. Es necesario también profundizar su contribución en la reflexión teológica, en el asesoramiento pastoral, en el acompañamiento de las

comunidades y en los ámbitos de desarrollo y toma de decisiones. Muchas voces consideran urgente la institución del diaconado femenino, teniendo en cuenta lo que se vive en distintas comunidades. Todo esto presupone un proceso de conversión dentro de la Iglesia que conduzca a la superación del clericalismo y el machismo que mantienen a las mujeres en un estado de inferioridad e invisibilidad.

ORIENTE MEDIO Sandra Chaoul

Libanesa y economista social de formación, es Facilitadora y Directora de la Comunidad de Acompañamiento en el Discerning Leadership Program (en Roma). Se trata de un proyecto de la Asociación Internacional de las Universidades Jesuitas con la Oficina de Discernimiento y Planificación Apostólica de la Curia General, la UISG y la USG. Forma parte de los Expertos y Facilitadores del Sínodo.

Tensiones sobre la cuestión de la ordenación femenina. Se necesita mayor discernimiento

Desde el inicio del encuentro continental, las mujeres mostraron una gran apertura al proceso de escucha, estableciendo un tono colaborativo en la asamblea e invitando a un mayor sentido de presencia. Sus contribuciones a la comisión litúrgica aportaron creatividad, profundidad espiritual y un sentido de belleza. Tanto las religiosas como las laicas mostraron una empatía natural por los temas discutidos en sus pequeños grupos. Fue conmovedor verlas entablar conversaciones sinceras con sacerdotes y patriarcas. En sus intervencio-

nes, las mujeres casi siempre reiteraron su interioridad, el papel de la oración y la invitación a la Iglesia a abrirse más al Espíritu Santo, a ser una Iglesia alegre, que escucha y acompaña y que trae esperanza en un contexto lleno de sufrimiento. Echando la vista atrás, hubo algunos momentos críticos en el proceso en los que las mujeres sabiamente afirmaron que el cambio en la Iglesia no ocurrirá de la noche a la mañana y que la sinodalidad no es una varita mágica. Su capacidad de “estar con” y confiar en lo que está sucediendo ha sostenido el esfuerzo de caminar juntos, cuando surgieron tensiones o hubo una clara intención de evitar temas delicados.

Un tema central que surgió de las mujeres fue la importancia de una formación integral sobre la sinodalidad. Las participantes expresaron la necesidad de promover el discernimiento espiritual a nivel individual y colectivo, no solo como método, sino como forma de ser. Sugirieron ofrecer a todos los niveles, para consagradas y laicas, experiencias formativas que sean “informativas” y “transformadoras”, capaces de promover un cambio de mentalidad y de corazón. Esta formación ayudará a desarrollar la capacidad crítica de la Iglesia para revisar y renovar sus prácticas y la forma en que asumen la responsabilidad y el poder, a la luz del Espíritu.

La cuestión de la vocación y el papel de la mujer en la Iglesia estuvieron presentes en las conversaciones como trasfondo. Si



bien ha habido un consenso general sobre la importancia de reconocer el papel de las mujeres en la vida de la Iglesia y trabajar para promover su mayor participación en las funciones de gobierno y los procesos de toma de decisiones, la cuestión de la ordenación de las mujeres ha generado tensiones en la asamblea plenaria, revelando la necesidad de un mayor discernimiento sobre lo que significa corresponsabilidad y participación en nuestros diferentes contextos.

Otro tema recurrente fue el deseo de autenticidad y de una mayor fidelidad al estilo de vida evangélico. Cuando se presentaron los informes de las Iglesias de Medio Oriente, en distintos momentos en pequeños grupos se hizo un llamamiento a mantener una valiente fidelidad a las voces del Pueblo de Dios. Los participantes, en su mayoría mujeres, mostraron su voluntad de salvaguardar la integridad del trabajo de consulta, recordando amablemente la tentación de escribir bonitos informes apartados de la realidad. Muchas voces han llamado a la autoridad eclesial a ser honesta y transparente sobre el camino recorrido como Iglesia y cómo estamos llamados a la conversión. En palabras de una participante que cuenta los resultados de su pequeño grupo: "Somos una Iglesia humana encarnada en una realidad humana, una Iglesia que soporta el sufrimiento y la fragilidad pero que fija constantemente su mirada en Cristo. Solo volviendo a las

fuentes podremos, como Iglesia, renovar nos y dejar florecer la esperanza".

Nuestra experiencia vivida demuestra que caminar juntos no siempre es fácil. Es difícil y se siente vulnerable cuando se ingresa al proceso "sin nada para el viaje", sin agenda personal, sin necesidad de controlar el resultado y sin necesidad de defender, proteger o reformar. Pero si hay algo que la experiencia sinodal nos está ayudando a ver es que, en medio de la tentación de endurecernos, de desconectarnos o de silenciar nuestras voces y las de los demás, también estamos redescubriendo la alegría de caminar junto al Señor. Estamos aprendiendo a lo largo del camino la bondad y la valentía del Espíritu, y lo que significa ser Iglesia.

NORTEAMÉRICA

Barb Dowling

Canadiense y primera mujer nombrada canciller de la diócesis de Vancouver, es actualmente asistente especial del arzobispo. Ha formado parte del equipo de redacción norteamericano para la fase continental del Sínodo.

Determinar si realmente existe una división entre hombres y mujeres y comprender su magnitud será una cuestión que habrá que abordar

El tema más importante, destacado a nivel continental, al menos en América del Norte, fue la necesidad de una investigación, ➔

IMAGINA UNA IGLESIA...

De oración, escucha y justicia

GUIA SAMBONET

La Iglesia que me gustaría interpreta la profecía del testamento espiritual del teólogo alemán **Karl Rahner**, poniendo en el centro la oración, orientada a la progresiva apertura de cada creyente a la gracia de la autorrevelación de sí mismo que Dios da a sus criaturas. Los Evangelios son la herramienta para acceder a esta "oración relacional"; son una especie de pentagrama sobre el cual co-construir con Dios el alfabeto con el que Él nos habla. Al principio en el secreto de nuestra habitación, luego a través de las personas y eventos que experimentamos en el camino.

La experiencia de un conocimiento íntimo de **Jesús**, adquirida gracias a la oración y confirmada por el contacto con la comunidad orante, surge del uso de herramientas como la contemplación imaginativa de **San Ignacio de Loyola**, la oración mental de Santa **Teresa de Ávila**, la *Lectio Divina* u otros métodos basados en las Sagradas Escrituras. La segunda característica de la Iglesia que me gustaría es la capacidad de escucha que acompaña a la oración. Una escucha llena de asombro y anticipación: ¿y si, a través de la persona que me habla, Dios quisiera revelarme algo de sí mismo o instruirme sobre un aspecto de mi vida?

Una tercera característica de la Iglesia que me gustaría es un agudo sentido de la justicia. La familiaridad común con los Evangelios nos hace a todos muy sensibles a la forma en que Jesús abordó situaciones de este tipo. Antes de que se pueda alcanzar una solución ética compartida, algunos casos requieren un complejo proceso de discernimiento entre especialistas en la materia. Educar en el espíritu de parresía, en un espíritu que no ceda a la tentación de una diplomacia incomprensible ni dude en la elección preferencial por los pobres, es una tarea esencial de la comunidad.

Por último, la Iglesia que me gustaría valora las posibilidades que ofrece la web para entablar una relación de igualdad con los cristianos que se encuentran geográficamente alejados. Durante los días que concluyeron el mes de ejercicios espirituales, recuerdo haber preguntado a **Evelyn**, una monja de Zimbabue: "¿No has tenido ninguna dificultad al entrar en relación con Jesús, un judío de piel blanca nacido en las costas del Mediterráneo?". Respondió sonriendo: "¡¡¡Mi Jesús es negro!!!".

un diálogo y una búsqueda de la verdad más profunda sobre todas las cuestiones que afectan a las mujeres. Teníamos que trabajar con lo que ya se había presentado, pero aún quedaban muchas cosas por decir. El desafío era sacar adelante y dar credibilidad al proceso.

A nivel continental, he percibido una gran división al hablar de las aportaciones y reflexiones de las mujeres. Algunos creían que sus voces deberían escucharse más atentamente, sobre todo, cuando se examina la cuestión del liderazgo y el hecho de que se les debería permitir el acceso al diaconado y al sacerdocio. También se observó que las mujeres y sus problemas eran analizados de la misma manera que los de las minorías, los grupos más desfavorecidos, los pobres y los indigentes.

¿Cuánto se escucharon esas voces? ¿Eran muchas o pocas? Determinar si existe una división y comprender su magnitud será una cuestión importante que habrá que abordar. Los delegados deberán escuchar atentamente al Espíritu Santo. Escuchamos a mujeres, de opiniones dispares, coincidir en la necesidad de atención y consideración específicas. El Sínodo de los Obispos se enfrenta a una gran oportunidad de abordar todos los aspectos de la presencia de las mujeres en la Iglesia y examinar estas cuestiones con valentía y fe, para el bien de todos.

Se menciona el clericalismo cuando se aborda la falta de progreso de las mujeres en roles de liderazgo. Gran parte de lo que no se ha dicho es una realidad que se perpetúa. Algunos temen que la Iglesia dominada por hombres se vea amenazada y el *status quo* sea cuestionado. Aunque se están logrando grandes avances para las mujeres en la Iglesia, nada cambiará hasta que hombres y mujeres confíen los unos en los otros y trabajen juntos, haciendo uso de sus propias habilidades y carismas, y cada uno apreciando los dones de los demás. Se hizo hincapié en la corresponsabilidad y cómo la sinodalidad puede fomentarla. Hay muchos clérigos que conocen y han experimentado la colaboración entre mujeres y hombres, aunque es cierto que hay miles que no están interesados en el tema. Todavía queda mucho trabajo por hacer.

ÁFRICA

Ester Maria Lucas

Religiosa Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl en Mozambique y docente de Teología dogmática en el seminario mayor de Teología de Maputo, en Mozambique. En el Sínodo está



entre los Testimonios del proceso sinodal en las asambleas continentales.

Reflexionar sobre el papel de todos los marginados en la Iglesia y por la Iglesia

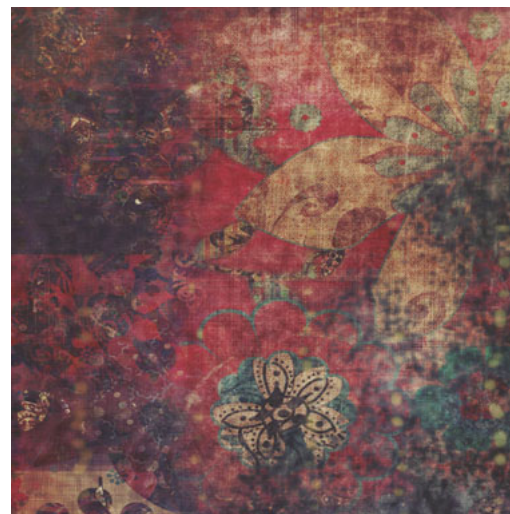
“La propuesta de reflexionar sobre el modo de vivir y de ser Iglesia responde a la sed de contribuir al crecimiento eficaz de la Iglesia en su misión de llevar a Cristo al mundo. Hasta la fase actual de la experiencia del Sínodo sobre la sinodalidad, ha habido muchos éxitos y aspectos positivos. La sensibilización sobre la sinodalidad está vinculada a la misión común de los bautizados, la evangelización”.

Para los cristianos de África, la imagen de la Iglesia como Familia de Dios supone una valiosa ayuda para pensar en la sinodalidad y la ministerialidad. Una Iglesia sinodal es una Iglesia abierta y plural, que abre sus brazos para acoger a cuantos lo desean y a cuantos permanecen fuera, tanto voluntariamente como por otras circunstancias. La Iglesia está siempre con las puertas abiertas. La misión de una Iglesia sinodal es indicar al Salvador, señalar caminos y recordar que la acogida en el corazón de Dios y de la comunidad de los discípulos va precedida del anuncio del Reino: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca, arrepentíos y creed en el Evangelio” (Marcos 1, 15). Abrir la familia de Dios significa acoger y dar espacio a quienes se sienten marginados. El diálogo con quienes se sienten alejados de la familia o ignorados por ella es una urgencia prioritaria en una Iglesia sinodal.

La cuestión por la que todos siguen rezando y trabajando es cómo la Iglesia, familia de Dios, puede y debe resultar un espacio abierto a todos y capaz de acoger sin juzgar. ¿Cómo podemos expresar concretamente la acogida de todas las situaciones de marginación sacramental o de

otro tipo? ¿Qué caminos debemos tomar para que quienes se sienten marginados comprendan que la Iglesia no los rechaza, sino que les ofrece un espacio para vivir en plenitud? ¿Esa sinodalidad anima a la Iglesia a caminar junto con todos los creyentes? ¿Y qué hemos ignorado? Entre los elementos positivos, destaca la creciente conciencia de que la familia humana es una institución importante en la promoción de la Iglesia. En sociedades que deben afrontar los desafíos de la desfiguración del concepto de familia, la pastoral de la familia y el cuidado de la familia y de todas las generaciones que la componen son urgentes. Una teología del cuidado, aplicada a la familia, puede ayudar a sanar las muchas heridas que las relaciones entre los seres humanos pueden dejar en unos y en otros. Una Iglesia sinodal debe cuidar las relaciones humanas para preservar el espíritu de compromiso mutuo, propio del espíritu sinodal, que ayudará a todos a vivir su fe con confianza y alegría.

Otro tema de discusión importante es el papel de la mujer en una Iglesia sinodal. Retomar el tema de la mujer en la Iglesia, familia de Dios, es un camino indispensable. En África la Iglesia tiene un rostro femenino porque las comunidades cristianas de base están compuestas en



gran medida por mujeres y jóvenes. Por eso, reflexionar sobre el lugar y el papel de las mujeres y de los marginados en y para la Iglesia es fundamental en esta etapa de reflexión sinodal. Las reflexiones indican un camino de reconocimiento mutuo, un proceso común porque entre los bautizados “ya no hay judíos ni griegos, ya no hay judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Carta de Pablo a los Gálatas 3, 28). La Iglesia sinodal es una Iglesia de servicios y carismas reconocidos al servicio de todos. La Iglesia sinodal está llamada a una sana articulación de servicios y carismas entre sus hijos e hijas, dado que todos pueden servir, cada uno según el don del Espíritu Santo.

La Iglesia sinodal es una Iglesia que escucha la Palabra y el Espíritu, lo que garantizará la fidelidad al hoy de Dios y de la humanidad. Concluyo diciendo que la expectativa que alimenta el pueblo de Dios es que el Espíritu haga nuevas todas las cosas y que la asamblea sinodal de los obispos en Roma sea el nuevo cenáculo desde donde el Espíritu enviará al mundo a los discípulos del Resucitado.

ÁFRICA

Nora K Nonterah

Miembro del departamento de estudios religiosos de la Facultad de Ciencias Sociales, Colegio de Ciencias Humanas y Sociales, Universidad de Ciencia y Tecnología Kwame Nkrumah, Ghana. En el Sínodo está entre los Testimonios del proceso sinodal en las asambleas continentales.

Violencia de género, abuso sexual, tutela de menores y formación de calidad

África acogió con entusiasmo la invitación del Papa Francisco a entablar conversaciones, consultas y encuentros para renovar un aspecto clave del ser Iglesia. Aunque esa escucha no fue fácil, hubo un profundo reconocimiento del valor de la sinodalidad, →



Sin ninguna discriminación

SHALINI MULACKAL

Sueño con una Iglesia donde cada miembro bautizado experimente un sentido de pertenencia y perciba la igualdad bautismal como hijo de Dios. Una Iglesia en cuya vida y misión todos sus miembros tengan la oportunidad de participar. Una Iglesia en la que se creen espacios donde compartir las alegrías y las dificultades de nuestra fe. Me gustaría una Iglesia donde los fieles laicos no sean vistos simplemente como receptores de bienes espirituales, sino como miembros responsables y comprometidos con el bien de toda la comunidad.

Sueño con una Iglesia donde no haya ningún tipo de discriminación por raza, nacionalidad, clase social, casta, cultura u orientación sexual. Una Iglesia donde se respete la dignidad de cada persona. Sueño con una Iglesia donde cada bautizado tenga la oportunidad de recibir formación en la fe, así como un conocimiento más profundo de la Biblia. Una Iglesia donde se acompañe habitualmente a parejas casadas, las madres, las viudas, los jóvenes y los ancianos.

Me gustaría una Iglesia donde las mujeres sean reconocidas como miembros iguales y donde se les den roles más importantes en la vida de la Iglesia. Sueño con una Iglesia donde más mujeres reciban formación para ser líderes espirituales, predicadoras de retiros, formadoras en seminarios y líderes de comunidades cristianas y donde tengan la oportunidad de servir a la comunidad en esas funciones.

Me gustaría una iglesia donde la autoridad se ejerza no como dominación y control, sino como servicio a la comunidad. Sueño con una Iglesia en la que el proceso de elección y decisión se realice mediante la práctica del discernimiento y el consenso individual y comunitario. Sueño con una Iglesia donde cada miembro esté invitado a tener un acompañante espiritual, especialmente los líderes de la comunidad cristiana. Sueño con una Iglesia en la que el crecimiento espiritual de los miembros tenga prioridad sobre las estructuras institucionales. Sueño con una Iglesia donde no existan estipendios para las misas y donde no se recoja dinero para otras necesidades durante la celebración eucarística.

Que tenga nombre de mujer

GRAZIA VILLA

La Iglesia de mi corazón es la Iglesia invisible que sube a las estrellas formada por quienes buscan la verdad” (sor **Maria di Campello**, 1932). Una iglesia, la de **Ana**, que sepa anunciar el sueño que soñó Dios, libre de la sombra de la muerte y de las estructuras patriarcales. Una iglesia, la de **Isabel**, que sepa reconocer la belleza de lo inédito y captar los brotes de vida y esperanza de cada tiempo. Una Iglesia, la de **Marta** que, inmersa en la lectura popular de la Escritura, sepa transmitir el amor a la Palabra y confesar la fe en el Resucitado. Una Iglesia samaritana que, bebiendo del agua buena del pozo de toda relación libre, sepa asumir las enfermedades de la humanidad herida y abandonada. Una Iglesia, la de **Magdalena**, que sintiéndose muy amada, sepa ungir el presente con el aceite del amor político y anunciar con alegría la Buena Noticia de Jesús.

Una iglesia, la de **Febe**, que sepa animar liturgias y celebraciones aprovechando prácticas que florecen entre mujeres de

todo el mundo: ecuménicas, judeocristianas e interreligiosas. Una iglesia, la de **Priscila**, que sea capaz de ofrecer, también en la formación del clero, una educación no misógina ni homofóbica, promoviendo el conocimiento del pensamiento, de las acciones y de la historia de las mujeres. Una Iglesia, la de **Lidia**, que sepa sustituir la casa por la pirámide (¡aunque esté al revés, siempre hay una parte debajo!), porque solo alrededor de la mesa puesta en amistad por todos y todas, de todas las edades, puede florecer y dar lugar a una Iglesia plenamente ministerial y sinodal.

Una Iglesia, la de **Junia**, que sepa acoger la profecía de las Iglesias de todo el mundo, fomentando nuevos ministerios y nuevos lugares donde sea posible un camino diferente, lleno de cariño, aliento, perdón, pan y vida sin exclusiones. Una Iglesia, la de **María**, que siga aportando al mundo un mundo “donde todos seamos hermanos (¡y hermanas!), donde haya un lugar para cada persona rechazada en nuestras sociedades y donde brillen la justicia y la paz” (*Fratelli tutti*, 269).

porque se encuentra en armonía con la sabiduría indígena expresada en conceptos como *Palaver*, *Baraza* y *Jamaa* (familia) (**Laurenti Magesa**, en *A Pocket Companion to Synodality*, publicación que es resultado de las reflexiones del grupo de trabajo teológico del ASI). A nivel continental, la Iglesia en África se ha identificado con el concepto clave de sinodalidad como participación. Este último pide un resurgimiento de la copropiedad y la corresponsabilidad en la misión y la vida de la Iglesia y subraya la importancia de entablar un diálogo.

Las mujeres han participado en los debates continentales a través de plataformas como la African Synodality Initiative (ASI) grupos de trabajo y equipos de preparación y también participando en la celebración continental del sínodo en Addis Abeba. Basándome en mi participación en las fases continentales del sínodo en África, aquí están las preocupaciones de y sobre las mujeres a través de reflexiones y contribuciones expresadas por y sobre ellas.

A nivel continental, los resúmenes surgidos de las conferencias episcopales, las publicaciones y actividades del ASI y las conversaciones mantenidas en los encuentros de Addis Abeba, dan testimonio de las contribuciones y reflexiones de las mujeres en el proceso sinodal en África. En el espíritu de la sinodalidad, a las mujeres se les ha dado su lugar para discutir, contribuir y ofrecer sugerencias sobre distintos aspectos de la Iglesia. Aunque las aportaciones de las mujeres no se limitaron a temas de mujeres, hubo un claro interés en hablar de temas específicamente de mujeres.

Se podría afirmar que el tema central de las reflexiones sobre las mujeres a ni-

vel continental es la corresponsabilidad. Está claro que se necesitan sistemas de gobernanza más inclusivos para que la sabiduría, la experiencia, la fe, la resiliencia y las capacidades de las mujeres se aprovechen plenamente para la misión de la Iglesia. Las mujeres argumentaron que esto no es algo nuevo en la Iglesia, como lo demuestra el papel de **María**, la madre de **Jesús**, que se expresa en su abrazo de corresponsabilidad con quien comparte el ministerio y las experiencias de vida de su hijo (**Verónica J. Rop** lo explica en *A Pocket Companion to Synodality*).

Una realización plena del potencial de las mujeres para el nacimiento de una Iglesia sinodal requiere una escucha consciente, buena y auténtica de las cuestiones que les conciernen (**Leonida Katunge** en *A Pocket Companion to Synodality*). Estas incluyen la violencia de género, el abuso sexual

y su impacto en la Iglesia, la protección de los menores y la educación y formación de calidad. Las aportaciones de las mujeres fueron compartidas e inspiradas por un espíritu misionero.

Abarcan la necesidad de contar con sistemas claros de sostenibilidad y una reestructuración decisiva que permita a los laicos vivir la inclusión y la creación y desarrollo de estructuras de encuentro que permitan que las celebraciones litúrgicas no se limiten a las reuniones dominicales (**Nontando Hadebe** en *A Pocket Companion to Synodality*).

Temas de interés universal surgieron durante la primera y segunda sesiones de trabajo en Acra y Nairobi respectivamente, a las que asistieron, entre otras, **Philomena Mwaura**, **Ester Lucas José María**, **Caroline Kavita**, **Mavis Anima Bonsu**, **Solange Sahon Sia**, **Dominique Yon** y yo misma.



Realidad poliédrica en camino

IMAGINA UNA IGLESIA...

YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN

Como alemana, católica y profesora universitaria, me pregunto cómo es posible rechazar el Sínodo cuando un camino de comunión entre distintos grupos es difícil de conseguir en estos tiempos. Según **Romano Guardini**, en lugar de buscar juntos un *ethos de poder*, sería necesario asumir la responsabilidad de las consecuencias que una “cultura de mirar para otro lado” ha causado en la Iglesia.

Para impedir reformas se están librando batallas políticas o intentos de todo tipo. Este “error

de construcción” del camino sinodal tiene sus raíces en la historia del catolicismo alemán, que después del Concilio se dividió en grupos irreductibles. Las discusiones se han trasladado a la política eclesial: desde la reforma litúrgica, a la de la democracia, pasando por la paz o la sostenibilidad ambiental hasta las cuestiones morales y teológicas sobre la sexualidad y la protección de la vida humana. Incluso hasta el tema de los abusos. Una nueva “redistribución del poder” no puede crear un “nuevo espíritu

de poder”. El “más mujeres” no es tampoco cambio fundamental.

En su carta al arzobispo **Víctor Manuel Fernández**, como Prefecto del Dicasterio para la Doctrina de la Fe, el Papa explica la nueva tarea: “Custodiar la enseñanza que brota de la fe para dar razón de nuestra esperanza, pero no como enemigos que señalan y condenan”. El principio guardián de la oposición polar viene al rescate de que la Iglesia pueda repensar estas categorías básicas, así como la comprensión contemplativa del mundo. Quizás

deberíamos comprender mejor la atención que el Papa dirige hacia el camino sinodal como una realidad poliédrica en la comunión eclesial. Esto podría impedir el señalamiento recíproco, que no sigue el principio de polarización, y que se distingue en la relación de los opuestos, tanto de la contradicción, como de la síntesis de los dos polos en una integración de uno en el otro. La verdad consiste en la valentía de mantenerse dentro de las tensiones para favorecer “una sana integración de los conocimientos”.

Auténtica fuerza del cambio

MARY ZOMBA

Como joven católica que navega por las complejidades del mundo moderno, tengo una visión de una Iglesia que habla a mi generación, que abraza la relevancia y la autenticidad y fomenta un sentido de comunidad. Reconoce nuestro panorama en constante cambio y busca activamente abordar los problemas e inquietudes que nos afectan. Un santuario construido sobre el amor, la inclusión y el crecimiento espiritual que crea un ambiente donde podemos crecer en nuestra fe, encontrar apoyo y tener un impacto positivo en el mundo.

Uno de los aspectos clave de la Iglesia Católica que me gustaría ver como joven adulta es un sentido de comunión genuina. Quiero una Iglesia que busque activamente escuchar y comprender las experiencias y perspectivas de los jóvenes. El Sínodo proporcionó una plataforma para el diálogo abierto y la participación activa, lo que nos permitió contribuir con nuestros conocimientos e ideas a los procesos de toma de decisiones dentro de la Iglesia. Al valorar nuestras voces y promover una cultura de colaboración, la Iglesia puede cerrar la brecha generacional y encarnar verdaderamente un espíritu de comunión.

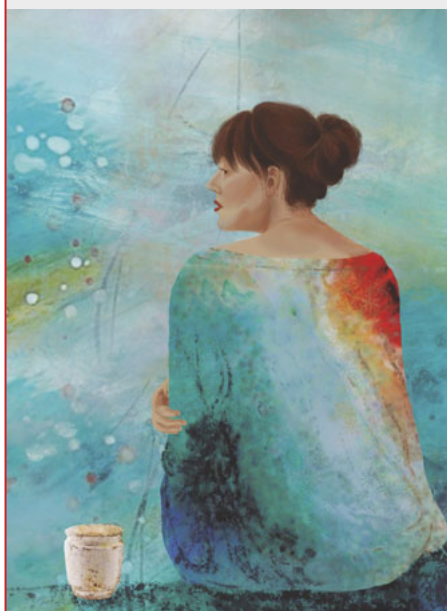
La autenticidad es otro aspecto clave de la Iglesia Católica que me gustaría. Es un lugar donde podemos explorar abiertamente nuestras dudas y preguntas y luchar sin temor a ser juzgados o condenados. Una Iglesia que reconoce que la fe es un camino lleno de incertidumbre y que acoge debates honestos sobre nuestras creencias y los desafíos que enfrentamos. Que fomente el pensamiento crítico, el diálogo y reconoce que la duda puede

conducir a una fe más profunda. La Iglesia que me gustaría valora la autenticidad de la experiencia de cada uno y reconoce la belleza en nuestras diferentes perspectivas. La misión también es fundamental para la Iglesia que me gustaría, como joven adulta, y creo que el Sínodo tiene la capacidad de resaltar este aspecto. Espero ver una Iglesia que asuma la responsabilidad de ser una fuerza de cambio positivo en el mundo.

Una Iglesia que ofrezca oportunidades para que las personas profundicen en su relación con Dios, ofreciendo diferentes formas de adoración y oración que toquen a personas de diferentes orígenes. Que reconozca la importancia de la transformación personal y aliente a sus miembros a expresar su fe de manera práctica. Al cultivar el crecimiento espiritual, la Iglesia crea un ambiente que promueve una comprensión más profunda del amor y la gracia de Dios.

Además, como joven adulta en Sudáfrica, deseo una Iglesia que nos permita participar activamente en la vida de la comunidad de fe y de la sociedad en general. Un lugar donde podamos construir relaciones significativas con nuestros pares que comparten valores y aspiraciones similares a los nuestros. Una Iglesia que cree oportunidades para que nos conozcamos, creemos amistades y nos apoyemos unos a otros en nuestro camino de fe. Una Iglesia que promueva un clima de inclusión y aceptación, donde todos los jóvenes, independientemente de su origen o circunstancias de vida, se sientan acogidos y valorados. Este sentido de comunidad nos permitirá expresar nuestra fe, animarnos los unos a los otros y tener un impacto positivo en el mundo que nos rodea.

En conclusión, la Iglesia Católica que me gustaría ver abraza la actualidad, la autenticidad y la comunidad. Es una Iglesia que permanece fiel a sus enseñanzas fundamentales mientras se adapta a las necesidades y desafíos del mundo moderno. Una Iglesia que promueve el crecimiento espiritual, participa activamente en iniciativas de justicia social y cree un ambiente inclusivo y acogedor para todos. Una Iglesia que forma a los jóvenes para vivir su fe de manera auténtica y para comprometerse con el mundo que los rodea, generando un impacto positivo y sirviendo como verdadero reflejo de las enseñanzas de Cristo.



Estos temas clave también caracterizaron la mayoría de los debates en las celebraciones continentales en Addis Abeba. Incluyen, una necesidad desesperada de formación y espiritualidad sobre la sinodalidad para una reconstrucción estructural de la Iglesia y su enfoque; la necesidad de que la Iglesia reconsidere su posición sobre estructuras y prácticas rígidas que afectan a grupos minoritarios como los niños, las personas con discapacidad, las minorías sexuales y de género o los pobres; y la urgencia de formar a los jóvenes. Además, las mujeres piden una reestructuración del espacio de toma de decisiones, las estructuras de liderazgo y los puestos administrativos para incluir a los laicos en la iglesia. Con este fin, hace un llamamiento a revisar la participación de las mujeres y a responder a la persistente pregunta de "qué más se puede hacer". Las mujeres sostienen que sería deseable un mayor reconocimiento y más oportunidades, formación, educación e inclusión en los sistemas de liderazgo, lo que, en la mayoría de los casos, no contradiría la doctrina de la Iglesia.

En consonancia con todo esto, emana la necesidad de establecer directrices contra los abusos sexuales e insistir en su cumplimiento, algo que no debe dejarse a la voluntad de las autoridades de la Iglesia local. Debería ser un requisito obligatorio. Es evidente la demanda de cambios estructurales decisivos que impliquen acciones concretas para incluir a las mujeres en las distintas unidades, órganos y niveles de decisión de la Iglesia. La esperanza es que el Papa Francisco dé ejemplo con esto en el escenario global.

El nombramiento del Papa Francisco de la Reverenda **Josée Ngalula**, de las Hermanas de San Andrés, para la Comisión Teológica Internacional habla de las aspiraciones y motiva el entusiasmo de las mujeres africanas al darse cuenta de que la Iglesia puede ser un lugar donde sientan que pertenecen y participan. Apoyar la educación de las mujeres y crear plataformas para su desarrollo y empoderamiento será fundamental para el surgimiento de una Iglesia sinodal en África. Las mujeres africanas están preparadas para este viaje.

ASIA

Ester Padilla

Teóloga feminista filipina. Es periodista y estudia sobre cómo superar el clericalismo y permitir una mayor participación de los laicos y las mujeres en la Iglesia. Se encuentra entre los Testimonios del proceso sinodal en las asambleas continentales. →

El problema del liderazgo jerárquico y otras formas de clericalismo

“En la asamblea continental asiática, las cuestiones más sentidas y discutidas por las mujeres fueron, ante todo, escuchar y acoger las voces de las mujeres, especialmente las que se encuentran al margen de la Iglesia y de la sociedad. El problema del liderazgo jerárquico y otras formas de clericalismo es denunciado sobre todo por aquellas (religiosas y laicas) que trabajaban e interactuaban diariamente con el clero (incluidos los obispos) y los religiosos. De ahí la necesidad de una atención materna para el acompañamiento y la curación de las numerosas situaciones de heridas y conflictos en Asia. En el futuro será necesaria una mayor responsabilidad de liderazgo para las mujeres, especialmente en los procesos y puestos de discernimiento comunitario y de toma de decisiones”.

OCEANÍA Susan Pascoe

Profesora adjunta Business School, Accounting and Finance. Universidad de Australia Occidental. Está entre los Expertos y Facilitadores.

Las mujeres entre las prioridades, así como los jóvenes y los grupos más descuidados

“La cuestión del papel de la mujer ha tenido una fuerte resonancia en Oceanía en forma de preocupación por la participación de la mujer en el liderazgo y la gestión de la Iglesia. Una minoría expresó preocupación por la exclusión de las mujeres del diaconado permanente y del ministerio ordenado. Las experiencias de las mujeres varían. Mientras que desde Papúa Nueva Guinea/Islands Salomón destacaron que las mujeres desempeñan “un papel muy activo en la vida de la Iglesia”, desde Australia se afirmaba que “la persistente exclusión de las mujeres de aspectos de la vida de la Iglesia las desempodera”. Desde Nueva Zelanda se pidió que se ponga mayor énfasis en “utilizar los dones y experiencias de las mujeres en el discernimiento y en el asesoramiento, orientación y desafíos en la toma de decisiones, más allá de los roles administrativos y parroquiales que ocupan muchas mujeres”.

En Oceanía, las mujeres han sido identificadas entre las prioridades, junto con otros grupos históricamente descuidados, como los jóvenes. Se considera fundamental examinar las estructuras y enseñanzas de la Iglesia que constituyen un obstáculo



a la sinodalidad y a la plena participación de todo el pueblo de Dios para la plena realización de una Iglesia sinodal”.

NORTEAMÉRICA Leticia Salazar

Delegado de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora al Sínodo de América del Norte; Canciller de la diócesis de San Bernardino y representante del Sínodo. Miembro del equipo de redacción del Sínodo Nacional de Estados Unidos y del grupo de trabajo del Sínodo de América del Norte. Está entre los Testimonio del proceso sinodal de las asambleas continentales.

Que la relación entre el clero y los laicos tenga en cuenta también sus carismas

“El Espíritu nos está regalando una nueva manera de ser Iglesia, la sinodalidad. Es la forma de vivir una actitud de escucha del Espíritu, presente y activo en cada uno de nosotros, y de discernimiento común. Es una oportunidad para reconocer a Dios en el don y el carisma de cada persona y en la reflexión de las mujeres, intuiciones compartidas por la sencillez de la vida cotidiana, que expresan valores y actitudes fundamentales en este camino sinodal.

Se ha alentado a la Iglesia en América del Norte a “reconocer, discernir y promover el papel de la mujer, para que pueda tener una mayor presencia en la Iglesia” (ver Síntesis Continental de América del Norte, n. 19). En virtud de nuestro bautismo, cada persona tiene el don de contribuir a la misión de la Iglesia. Sin embargo, nuestras estructuras eclesiales actuales se prestan a privilegiar posiciones y roles sobre los carismas. En el proceso sinodal reconocimos la llamada a convertirnos en una Iglesia corresponsable. La corresponsabilidad requiere tanto el reconocimiento de los

carismas de los demás como el respeto por la contribución única de cada persona a la misión de la Iglesia.

Entre las cuestiones que merecen mayor atención y consideración a nivel universal está la de ampliar nuestra imaginación eclesial para ir más allá de los actuales modelos clericales de gobierno en la Iglesia. La sinodalidad ofrece una tercera vía, que es unívocamente cristiana. Tiene su propia metodología, eclesiología y objetivos. Esperamos que durante la asamblea sinodal estos puedan articularse y también contrastarse con los modelos actualmente existentes. Estamos llamados a avanzar hacia la articulación de la relación entre sinodalidad, dignidad bautismal, corresponsabilidad y misión para sugerir nuevos modelos de actividad ministerial. La idea es articular la relación entre el clero y los laicos de una manera que tenga en cuenta no solo su vocación o estado de vida particular, sino también sus carismas. Existe un deseo global de un mayor reconocimiento y participación plena e igualitaria de las mujeres en la Iglesia Católica (Ensancha el espacio de tu tienda, n. 63-64).

Si la Iglesia no actúa para trabajar junto con las mujeres para que puedan aportar sus dones y tener una mayor voz en la toma de decisiones, perderá las ricas contribuciones de una parte importante de sus miembros. El desafío es caminar juntos, no en oposición. Requiere respeto, aprecio y reconocimiento de un carisma. El documento afirma que “las mujeres que participan en los procesos sinodales quieren que la Iglesia y la sociedad sean un lugar de crecimiento, de participación activa y de sana pertenencia” (Ensancha el espacio de tu tienda, n. 62). Para que la sinodalidad eche raíces, será necesario reinventar la forma en que formamos tanto al clero como a los laicos”.

Vista por mí, teóloga musulmana

SHAHRZAD
HOUSHMAND ZADEH

Qué me gustaría del Sínodo como teóloga musulmana? Me gustaría que se pusieran en práctica las palabras del documento preparatorio: “Una pregunta fundamental nos empuja y nos guía: ¿cómo se realiza hoy, en diferentes niveles (de lo local a lo universal), ese “caminar juntos” que permite a la Iglesia anunciar el Evangelio de acuerdo con la misión que le ha sido encomendada?; ¿Y qué pasos nos invita el Espíritu a dar para crecer como Iglesia sinodal?”. Me gustaría poder “caminar juntos” con los cristianos, sentirme incluida en ese pueblo de Dios que ya anunciaba el documento *Nostra aetate* de los padres conciliares y que incluía de manera revolucionaria a los musulmanes: “La Iglesia mira con estima a los musulmanes que adoran al único Dios, vivo y subsistente, misericordioso”. Y que, sobre el hinduismo, el budismo y otras religiones incluyó: “La Iglesia católica no rechaza nada de lo que es verdadero y santo en estas religiones”.

Me gustaría poder ser parte de una comunión espiritual con mis hermanos y hermanas de la fe católica, con quienes compartimos el dogma fundamental del monoteísmo y el profundo sentido de servir al Señor. Me gustaría que se pusieran en práctica las hermosas palabras del documen-

to preparatorio: “Reconocer y apreciar la riqueza y variedad de los dones y carismas que el Espíritu concede gratuitamente, para el bien de la comunidad y de toda la familia humana. Regenerar las relaciones entre los miembros de las comunidades cristianas, así como entre las comunidades y otros grupos sociales, por ejemplo, las comunidades de creyentes de otras confesiones y religiones”.

Me gustaría esperar que, como está escrito en *Nostra aetate*, sabiendo que María es venerada también por los musulmanes, ella se convierta en madre espiritual para cristianos y musulmanes de una manera más visible, por ejemplo, celebrando el 25 de

marzo, el día de la Anunciación, como fiesta internacional. Me gustaría que la aparición de María en el Corán, la única mujer anunciada con su propio nombre, sea apreciada también por los católicos como un signo de nuestros tiempos.

Me gustaría que el Sínodo ayudara a los cristianos a apreciar el reconocimiento de Jesucristo en el Corán, presentado como el Mensajero (*rasul*), el Bienaventurado dondequiera que esté (*mubarak*), el Purísimo (*zaki*), el cercano a Dios (*muqarrab*), el Verbo de Dios (*kalimat Allah*), el espíritu de Dios (*ruh*) y el único nacido de la Virgen con la intervención milagrosa del Espíritu Santo (*ibn Mariam*). Me gustaría

que el Sínodo ponga de relieve encuentros históricos, sabios y valientes, —como el que tuvo lugar entre el Papa **Francisco** y el Imam **Al Tayyeb**—, para el bien de la comunidad humana.

Me gustaría que se tomaran en serio las tres palabras del Papa Francisco: inquietud, *incompletitud* e imaginación, propuestas en *La Civiltà Cattolica*.

Concluyo con el capítulo 103 del Corán, compuesto por solo tres versos:

1. ¡Por el atardecer!
2. El ser humano está en ruina
3. Salvo quienes se han abierto (a Allah) y han obrado rectamente y se han aconsejado mutuamente la verdad y se han aconsejado mutuamente la paciencia.



Vista por mí, teóloga protestante

ELISABETH PARMENTIERBITTEN

Aprecio la decisión del Sínodo de los Obispos de querer trabajar en un proceso “sinodal” que entiendan así: Un anuncio del Evangelio confiado a cada creyente, en un compromiso común que valora todos los carismas, para un redescubrimiento de los recursos de la Iglesia en su “catolicidad”, en profundidad y extensión, como gran cuerpo vivo e interactivo dedicado al Señor y a toda criatura. Por tanto, la sinodalidad solo puede ser una responsabilidad

compartida entre los distintos ministerios y roles. Me gustaría que el ministerio sacerdotal no siguiera limitándose a un cuerpo de hombres célibes. Las mujeres ya tienen muchas responsabilidades y están muy implicadas en la Iglesia católica. Es importante que este compromiso sea valorado y reconocido oficialmente.

Para anunciar el Evangelio es necesario reconocer que algunos laicos puedan tener una formación teológica superior a la de los sacerdotes y tenerla en cuenta

en el ejercicio de las misiones, incluida la predicación. Consultar a los miembros de la comunidad local solo puede enriquecer las orientaciones de quienes tienen poder de decisión, tanto en las diócesis como en las parroquias. El testimonio cristiano debe ser creíble en su esperanza. Como protestante, estoy muy pendiente de que nuestros rituales no den lugar a supersticiones o devociones indebidas, mientras que la Iglesia católica tiene como riqueza la centralidad de la Eucaristía

dominical. Por tanto, no debe tener miedo de compartirla con convicción y con una hospitalidad que espero ver más abierta a las personas de otras Iglesias comprometidas con la fe.

Ante el éxodo de miles de creyentes de la Iglesia, y especialmente de mujeres creyentes, el testimonio de liberación y de esperanza cristiana debe ser una prioridad. Solo será creíble si las Iglesias lo proclaman comprometidas con el ecumenismo y el diálogo.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento